

guido de indios principales atentos á sus órdenes, en el séquito y cortejo que traía y en la ostentacion y riqueza que llevaba se mostraban bien claros el honor y la dignidad que alcanzaba en aquella monarquía; pero este soberbio sátrapa, luego que llegó á las puertas donde estaba preso el Inca, no entró por ellas sin descalzarse primero los piés y echar sobre sus hombros una mediana carga que tomó de un indio: costumbre usada en el país en demostracion de sumision y respeto; y cuando en fin estuvo en presencia de Atahualpa, alzó las manos al sol como en accion de gracias de dejarle ver á su príncipe: llegóse á él con todo acatamiento, besóle el rostro, las manos y los piés, y lloró y lamentó aquel desastre y afrenta, la cual, exclamaba, no aconteciera á su señor á hallarse entonces él en Caxamalea. Notaban los españoles con extrañeza y maravilla aquellas señales de lealtad y sentimiento en personaje tan principal y en situacion como aquella, y se admiraban todavía mas de ver á Atahualpa, que sin perder un momento su entereza y gravedad acostumbrada recibia majestuosamente aquellos respetos, y sin contestar palabra alguna se dejaba acatar y reverenciar como un dios.

Antes de que Hernando llegase vinieron dos sucesos á alterar considerablemente la situacion en que el Inca y los castellanos se hallaban, y contribuyeron en gran manera al desenlace trágico en que vino á terminar. La una fué la muerte del inca Huascar, á quien los generales de Atahualpa, después de vencido, enviaron vivo á su señor para que dispusiera de su suerte. Tuvo él aviso de esta ventaja y de que su hermano venia, á poco tiempo de su rota y prision de Caxamalea, y dícese que no pudo menos de reirse de los caprichos de la fortuna, diciendo que en un mismo dia le hacia vencido y vencedor, prendedor y prisionero; mas viniendo después á considerar lo que debia hacer en este caso, y temiendo que si Huascar era traído á los españoles, podia mejorar su partido haciéndoles todavía ofertas mas grandes que las suyas, y tal vez contribuir á completar su destruccion con la ventaja que le daban su legitimidad, su juventud y su misma inexperiencia, determinó quitarle en medio este estorbo y sacrificar la naturaleza á la política, mandando que le diese muerte; mas antes de ponerlo por obra quiso, segun se dice, experimentar con qué ánimo

tomaria Pizarro la muerte de aquel príncipe. Para ello fingió tristeza y afliccion, y preguntándole la causa, respondió que sus capitanes, después de haber vencido y preso á su hermano, le habian muerto sin conocimiento suyo luego que habian sabido que él estaba prisionero: lo que le causaba mucha pesadumbre, porque al fin, aunque enemigos y émulos en el imperio, siempre eran hermanos. El Gobernador le consoló, diciendo que aquellos eran trances de fortuna á que estaban sujetos los acontecimientos de guerra; y no hizo mas demostracion de imputarle aquel negocio, aunque tal vez en su interior daba gracias á la suerte, que le libraba así de uno de sus enemigos por la mano misma del que tenia en su poder. Vista por Atahualpa esta especie de indiferencia, envió la orden cruel, y el desdichado Huascar, implorando la justicia del cielo y la fe de los hombres, quejándose á gritos de la iniquidad de su hermano, y votándole á la venganza y castigo de los españoles, murió ahogado por los ministros de su rival en el rio de Andamarca, y echado la corriente abajo para que su cadáver no fuese encontrado ni sepultado. Manera de muerte muy cruel, pues segun la supersticion de aquellas gentes, eran destinados á condenacion y pena eterna los ahogados y quemados que no recibian sepultura. Este príncipe, que apenas tenia veinte y cinco años cuando murió, era bueno, clemente, liberal, y por lo mismo muy amado de los de su bando; pero sin experiencia ninguna en la guerra ni en los negocios, era incapaz de sostenerse contra su émulo, mas activo, mas valiente, mas capaz, y asistido de los mejores soldados y generales del Estado. La victoria estuvo por Atahualpa; mas por quién estaba la razon y la justicia no es fácil decidirlo ahora, si bien los españoles entonces todos á boca llena se la daban al príncipe de Cuzco. Así era natural que lo hiciesen los que poco después pusieron esta muerte como cargo capital en el proceso que fulminaron contra su desgraciado vencedor. Sin insistir mas en esta cuestion, ya por lo menos inútil, lo cierto es que uno y otro pagaron bien cara su sangrienta discordia, y que el fin trágico que ambos tuvieron, y la ruina total del imperio y religion peruana, fueron el fruto amargo de sus funestas querellas y del error cometido por su padre en la particion de la monarquía.

La otra novedad ocurrida en este tiempo fué la llegada del

capitan Almagro al Perú y su pronta venida á Caxamalca. Venia ya condecorado por el Rey con el titulo de mariscal, y traia cuatro navios y doscientos hombres consigo, entre ellos varios oficiales excelentes, que venian de Nicaragua con Francisco de Godoy á servir en el Perú, y se pusieron á las órdenes de Almagro en el camino. Parecia ya signo de estos dos antiguos compañeros y descubridores que no pudiesen estar juntos sin rencillas y desconfianzas. Apenas Almagro llegó á San Miguel y se puso en comunicacion con el Gobernador, cuando á este se dijo que su amigo, con mas fuerza y poderio, tenia á menos juntarse con él, y pensaba buscar otros descubrimientos y conquistas por si solo. A Almagro querian persuadir que el Gobernador trataba de quitarle de en medio, y le inducian á que se guardase y cautelase de sus asechanzas. Esta vez á lo menos superior uno y otro corresponder á su dignidad y á sus mutuas obligaciones. Pizarro envió mensajeros á su amigo dándole el parabien de su venida, y rogándole que se apresurase con los caballeros que le acompañaban á venir á juntarse con él y á participar de su buena fortuna. Almagro, enterado de que el origen de aquellos chismes venia de una falsa relacion enviada por un Rodrigo Perez, escribano de oficio, y que le servia de secretario, le hizo proceso como abusador de su cargo, y le mandó ahorcar por su mala fe y alevosia. ¡ Dichosos los dos si se hubieran conducido siempre con igual franqueza y resolucion! Hecho esto, Almagro con sus soldados se puso en marcha para Caxamalca, adonde llegó sin encontrar impedimento alguno en el camino (14 de mayo de 1533), antes bien toda buena acogida, servicio y agasajo de parte de los indios. Salió á recibirle el Gobernador, y haciéndose ambos las demostraciones de gusto y de cariño propias de su amistad antigua, entraron en la ciudad, donde al instante el Mariscal pasó á hacer reverencia al Inca y como á ponerse á sus órdenes. Él, aunque probablemente se doliese en su interior de que el número de sus enemigos se aumentase, le recibió con el mismo buen semblante que á los demás castellanos. Tode se presentaba allí entonces con aspecto tranquilo y agradable á los españoles y al principe prisionero: reinaba entre ellos la confianza y reinaba tambien la alegria; él tenia la esperanza de verse pronto en libertad, ellos la perspectiva del poderio y la opulencia.

Llegó de allí á poco Hernando Pizarro (25 de mayo de 1533) con las riquezas del templo de Pachacamac y con el general peruano. Saliéronlos á recibir el Gobernador y los principales capitanes del ejército; mas á la vista inesperada de Almagro no pudo el orgulloso Hernando tener la rienda á su aversion antigua, llegando á tanto la demostracion de su disgusto, que ni le cumplimentó ni le saludó tampoco. Pesó á todos de esta groseria, y mas al Gobernador, que le reprendió de ella cuando estuvieron solos, y en seguida pasaron á la estancia del Mariscal, y excusándose el recién venido del descuido usado con él, Almagro recibió las disculpas con su buena fe y facilidad natural, y aquel sinsabor quedó entonces desvanecido, á lo menos en apariencia. Incidentes pequeños á la verdad, pero absolutamente precisos para pintar el carácter moral de los personajes históricos. En la narracion presente todavia son mas indispensables, pues estas rencillas, aunque leves, son las chispas que forman después el grande incendio en que vienen á ser abrasados todos los actores de este drama triste y sangriento.

Segun llegaban las cargas del rescate á Caxamalca, se iban poniendo en un sitio señalado á este fin y custodiado con una buena guardia. Las distancias eran largas, las cargas pequeñas, la estancia espaciosa, y por consiguiente, hacia poco bulto á los ojos de los codiciosos castellanos. Impacientábanse ellos de ver que tanto tardaba la reunion del tesoro prometido, y temian que se les devaneciesen como humo las esperanzas de oro que centelleaban en su acalorada fantasia. Alguna vez, echando al Inca la culpa de la tardanza, y sospechando que esto lo hacia para dar lugar á que se alborotasen las provincias y los castellanos fuesen destruidos antes de recibir su rescate, proponian que se le diese muerte y se saliese de una vez del cuidado y susto en que los tenia: peligro del que entonces salvaron á Atahualpa los respetos de Hernando Pizarro, que se opuso siempre á que se le ofendiese.

Señalábanse en esta impaciencia los de Almagro, como creyéndose acreedores á la parte de aquel rico botin; y tambien los oficiales reales, que dejados prudentemente por Pizarro en San Miguel, se vinieron con Almagro á Caxamalca para entender en las atenciones á la reparticion de los despojos. Mas

cuando los castellanos vieron llegar la muchedumbre de indios cargados con los tesoros del Cuzco, y que acumulados á los que allí habia, el monton se agrandó, haciéndose de repente mayor que su codicia, entonces á la impaciencia que antes tenian porque se llegase á reunir, sucedió otra impaciencia mas viva, que fué la de disfrutar; y aunque, segun toda apariencia, no estuviese lleno aun el cupo prometido por el Inca, empezaron á pedir á voces que se repartiese al instante <sup>1</sup>. Quiso Pizarro satisfacer este deseo, que era por ventura igual en jefes y en soldados, y á todos estaria bien. Mas antes era preciso allanar la dificultad que ofrecian las pretensiones de los de Almagro, que querian entrar á la particion como los que habian venido primero y desbaratado al Inca en Caxamalca. Para la igualdad no habia razon; mas dejarlos tambien sin nada era poco cortés y aun peligroso. Habido pues su consejo los dos generales con los cabos principales del ejército, se acordó que se sacasen del monton cien mil ducados para los de Almagro, con lo cual se dieron por contentos, y se procedió sin estorbos á la distribucion.

Ejecutóse esta con la mayor solemnidad (17 de junio de 1533). Pizarro hizo constar judicialmente la autoridad y facultades que tenia por las provisiones reales para que estos repartimientos se hiciesen segun los servicios y merecimientos de cada uno, á juicio del mismo Gobernador; y pidiendo formalmente el auxilio divino para guardarles justicia, se dió principio á la operacion. Pesóse el oro y la plata que resultaban después de fundidos y aquilatados. Sacáronse primero los quintos reales, el importe de un donativo que además se hizo al Rey, la joya que llamaban del escaño, con otras que por su hechura ó por su singularidad se querian presentar enteras en la corte; los cien mil ducados de los almagristas y los derechos del quilatador, fun-

1. Los historiadores no dicen que se hiciese la prueba de si el tesoro llegaba hasta la raya colorada que se extendió para señal. Herrera se contenta con decir vagamente: « Llegado el tesoro del rescate del Inca, » etc. Gomara asegura mas positivamente que los españoles dieron prisa á que se repartiese antes de que se acabase de juntar, por temor de que los indios se lo quitasen ó cargasen mas españoles antes de distribuirlo, y hubiese que partir con ellos.

didor y marcador, con las costas de estas diferentes labores. El resto se repartió entre el General, capitanes y soldados, segun sus méritos y graduacion respectiva, ó segun las condiciones que cada cual habia ajustado en su contrata. Por lo mismo las porciones no tuvieron la igualdad que resulta en los historiadores cuando hacen esta regulacion, en la cual tambien difieren mucho entre sí. Pero de la acta judicial de repartimiento, se viene en conocimiento de que la parte de cada soldado de á caballo fué, generalmente hablando, de cerca de nueve mil pesos en oro y sobre trescientos marcos en plata, y la de cada infante con corta diferencia la mitad. Los capitanes y soldados distinguidos recibieron á proporción: la parte de Pizarro subió á cincuenta y siete mil doscientos veinte pesos de oro, y dos mil trescientos cincuenta marcos de plata, sin contar el tablon de oro de las andas del Inca, que como general se adjudicó, valuado en veinte y cinco mil pesos. Botin prodigioso, y si se atiende al corto número de soldados entre quienes se distribuyó, sin ejemplar en la historia de estas correrias ó latrocinios que se llaman guerras y conquistas. Si tal recompensa es debida al esfuerzo, á la constancia, á la actividad y á la audacia, sin duda aquellos castellanos la merecian, porque de todo esto habian hecho muestra en el grado mas alto, no ciertamente contra los hombres, que poca ó ninguna resistencia les podian oponer, sino contra la tierra y los elementos, que tantas veces pusieron su valor y constancia á las pruebas mas crueles. Pero la opinion humana, justamente guiada por la razon y la conveniencia pública, al paso que honra y respeta á la opulencia cuando es hija de la aplicacion, del talento y de la industria, ha marcado con el sello de su reprobacion eterna estos frutos precoces y sangrientos de la violencia y de la rapiña.

Pizarro habia cumplido á sus compañeros la palabra que les habia dado de hacerles mas ricos que lo que ellos acertasen á desear <sup>1</sup>. Faltábale hacerlo ver en América y hacerlo ver en

1. A la verdad esta adquisicion de oro y plata en tanta cantidad no los hizo mucho mas ricos, á lo menos á los que quedaban en América. Las cosas que anhelaban subieron á un precio proporcionado á la abundancia de los metales con que se habian de satisfacer.

España. Para esto determinó enviar á su hermano Hernando Pizarro para que llevase los quintos del Rey y el donativo que el ejército le habia hecho, con la relacion de todo lo sucedido y del estado en que las cosas se hallaban. Iba tambien con el encargo de pedir para el Gobernador y sus hermanos honras, dignidades y mercedes. El mariscal Almagro escribió tambien al Rey representándole sus servicios, y pidiendo en merced que se le diese la gobernacion de la tierra que estuviese mas adelante de la del gobernador Pizarro, con el titulo de adelantado. Sin duda por consideraciones de cortesía y consecuencia dió la procuracion de este negocio á Hernando Pizarro; pero no confiando mucho ni en su buena voluntad ni en su eficacia, dió al mismo tiempo poder secreto á sus dos amigos Cristóbal de Mena y Juan de Sosa, que se venian á España, para que ayudasen á sus pretensiones en el caso de que el primero las mirase con descuido. Hernando Pizarro partió acompañado de algunos capitanes y soldados, que cuerdamente resolvieron volverse á su patria á disfrutar en ella con sosiego de las riquezas que les habia proporcionado la fortuna. Llegaron á Panamá, y de allí se esparció por todas las Indias el crédito de los tesoros del Perú. Pasaron el mar, arribaron á Sevilla, y como eran tan altos los quintos del Rey, tan grandes los caudales que trajeron consigo los que se volvian, y tan crecidas las remesas que enviaban á sus familias los que se quedaban allá, hinchieron, como dice Gomara, la contratacion de Sevilla de dinero, y todo el mundo de fama y deseo.

Distribuidos los tesoros del Inca, parecia llegado el caso de determinar acerca de su persona. Pedia él que se le pusiese en libertad, pues por su parte estaba cumplido lo que prometido habia. Mas otros eran por cierto los pensamientos de su artificioso y duro vencedor. No hay duda que la situacion en que

Una mano de papel valia diez pesos, unos borceguies treinta, una capa negra ciento, un caballo, tres, cuatro y á veces cinco mil ducados. Los mercaderes solian comprar el oro de veinte quilates á catorce, el de catorce á siete: la plata valia tambien á este tenor: por manera que los poseedores de riquezas tan grandes apenas podian adquirir con ellas las satisfacciones que en otras partes eran accesibles á la mas mediana fortuna.

estaban los españoles, y en el supuesto de estar decretada irrevocablemente la destruccion de aquel imperio, cualquiera partido que se tomase con Atahualpa estaba expuesto á inconvenientes muy graves. Darle libertad era impolitico, mantenerle en prison embarazoso, quitarle la vida, cruel y sobremanera injusto. Cuando por su culpa ó por la ajena los ambiciosos se ven metidos en estos atolladeros siempre se abren camino á toda costa, aunque sea pasando por encima de la humanidad y de la justicia. Pizarro lo hizo así entonces; y si ya mucho antes no tenia en su corazon condenado á muerte al Inca, sin duda lo determinó cuando satisfecha la pasion primera, que era la de adquirir, pudo dar oido solamente á las sugerencias de la ambicion. Por desgracia el mismo Atahualpa le habia dado el ejemplo y allanado el camino, dejándole con el sacrificio de Huascar sola una víctima para llevar á su cima la empresa en que estaba empeñado. Esta resolucion fué al principio secreta, y nadie llegó á entenderla hasta después. Entre tanto, para dar alguna disculpa al hecho y hacerlo menos odioso, empezaron á correr noticias de sediciones, de movimientos de indios, de proyectos de sus generales para salvar al prisionero. Daban calor á estos rumores los indios de servicio ó yanacunas, los cuales, como la clase mas perjudicada en el Estado, tenian odio á las demás, y solo veian su restauracion futura en el trastorno del imperio y destruccion de sus jerarquias. Dobláronse las guardias al Inca, y fué preso el general Chialiquichiamá como fautor de estas inquietudes; y á pesar de la firmeza y sinceridad con que negaba los cargos y demostraba su falsedad, sin duda fuera quemado entonces por voluntad del Gobernador si no lo estorbara Hernando Pizarro, que aun no habia partido para España. Crecian las sospechas de guerra y la fama de los alborotos: los soldados de Almagro activaban la pérdida del príncipe peruano, porque pensaban que mientras viviese no estaban con los de Pizarro en aquella igualdad que apetecian, y anhelaban por ir á buscar nuevas tierras y tesoros nuevos. Los oficiales reales la instaban tambien de puro miedo, en el concepto de que la muerte de Atahualpa llenaria de temor á los indios y allanaria todas las cosas: entre ellos el mas caviloso, el mas inquieto y el mas cruel de todos era Alonso Riquelme el tesorero, que con sus continuas y vehementes gestiones, ayuda-

das de la autoridad de su oficio, no parecía que lo pedía, sino que lo mandaba.

No deseaba otra cosa el Gobernador, como quien ponía todo su artificio entonces en suponerse forzado á lo mismo que estaba en su interés, y por consiguiente en su deseo. Y como los agresores quieran siempre tener una apariencia de justicia aun para los mismos á quienes ofenden, Pizarro, en medio de estos rumores y recelos, entró á ver al Inca, y le dijo que extrañaba mucho que habiendo sido tan bien tratado, y estando bajo la buena fe y confianza en que le tenían los castellanos, él tratase de destruirlos con los ejércitos que públicamente se decía mandaba venir á Caxamalca. Creyó al principio Atahualpa que se burlaba, y le rogó que no usase de aquellas chanzas con él. Mas viendo después en el tono y semblante del Gobernador la realidad y continuacion del enojo, viendo agravarse las prisiones y doblarse las guardias, « no sé, decía á los españoles, cómo me teneis por hombre de tan poco seso, que teniéndome en vuestro poder y cargado de cadenas, haya de haceros traicion y mandar que se mueva mi gente contra vosotros, pues al instante que la veais venir y sepais que viene podeis cortarme la cabeza. Y estais por cierto bien mal informados del poder que tengo si recelais que nadie se mueva y venga contra mi voluntad. Si yo no quiero, ni las aves vuelan ni las hojas de los árboles se menean en mi tierra. » Mas estas reflexiones, sacadas del sentido comun mas obvio y de la razon mas sana, no bastaban á disculparle contra quien estaba resuelto á encontrarlo delincuente; y después de aquella triste conferencia y unas demostraciones de rigor tan desusadas antes con él, debió el miserable Inca presentir cuál iba á ser su destino. Así es que, quejándose de Pizarro y de los castellanos, decía que, después que le habian tomado su tesoro bajo la fe jurada y prometida, trataban contra toda justicia darle la muerte.

Todavía el Gobernador quiso dar otra prueba de circunspeccion y detenimiento en negocio tan grave, enviando á Hernando de Soto y á otro capitán con algunos caballos para que reconociesen la parte en donde se decía que estaban los enemigos, y con su aviso proceder á lo que conviniese. Ellos salieron y no encontraron en todo el país que atravesaron mas que indios de servicio que venian pacíficamente á Caxamalca. Quizá esta co-

mision fué un medio de alejar de allí á Soto, que era el único valedor que quedaba al Inca después de la ida de Hernando Pizarro, siendo estos dos capitanes los que mejor supieron ganarle la voluntad, y con quien él mas se complacia en sus conversaciones y en sus juegos.

Después de la salida de Soto se levantó un grande alboroto entre los castellanos, como si los enemigos se acercasen y el peligro se aumentara. Entonces ya pareció todo maduro y dispuesto para procesar á aquel sobre quien no tenían mas jurisdiccion que la fuerza <sup>1</sup>. Imputósele la muerte de Huascar y las supuestas tramas contra la seguridad de los españoles; y probados estos cargos á su modo, fué llevada la causa á fray Vicente Valverde. Este religioso, todavía menos instruido en las formalidades de la justicia que en las máximas sanas de la predicacion evangélica, aseguró que aquello era suficiente para condenar al Inca, y ofreció que si menester fuese él firmaría este dictámen. Apoyados con su voto los dos generales, pronunciaron su sentencia, y por ella el desdichado Atahualpa debía ser quemado vivo. Al saberse en el ejército un fallo tan atroz, muchos de los españoles protestaron noblemente contra él, y reclamaron los derechos de la justicia, de la equidad y de la gratitud en favor del príncipe prisionero. Indignábanse de que se desluciesen sus hazañas con aquel hecho tan inhumano, y no querian que se echase eternamente tal mancha sobre el nombre

1. Dicese que en este proceso el intérprete Felipillo de Poechos torcia las declaraciones de los indios, de modo que el Inca resultase culpable, con el fin de conseguir con su muerte á una de las concubinas del Príncipe, de quien estaba perdidamente enamorado.

Algunos autores añaden tambien como motivo muy principal de la muerte del Inca, el odio que le juró Pizarro por el desprecio que le manifestó Atahualpa cuando llegó á entender que no sabia leer. N una ni otra especie se ha'an en las primeras relaciones, ni tampoco se encuentran en Gomara ni en Herrera. Garcilaso es el primer autor que la refiere: lo hace como de oídas y sin citar escritor ninguno ó testimonio auténtico en que apoyarse. Por lo demás, este cuento y el de Felipillo parecen inventados y conservados para dar razon de un acontecimiento que presenta por sí mismo causas mas probables y positivas. Herrera en esta parte presenta bien el hecho, aunque en el modo de contarle se advierta bien la circunspeccion penosa con que procede.

y honra española. Nombraron á este fin un protector al Inca y apelaron formalmente de la sentencia para el Emperador, pidiendo que Atahualpa y su proceso fuesen enviados á España. Los de esta opinion eran muchos, y á su frente estaban los hombres mas distinguidos del ejército. Todo fué en vano: el nombre y la acusacion de traidores con que se les amenazó los redujo al fin al silencio, la sentencia fué intimada al Inca, y él se dispuso á morir. Quejóse al principio altamente de la perfidia que con él se usaba, y acordándose de su familia, preguntaba con lágrimas « en qué habia delinquido él, sus mujeres ni sus hijos ». Dado este desahogo indispensable á la naturaleza, se resignó noble y esforzadamente á su fin y se mandó enterrar en el Quito, donde estaban sepultados sus antepasados por línea materna. Dejaron los ejecutores fenecer el día, como si temieran la luz, para la consumacion de su crimen, y dos horas después de anohecido le sacaron al suplicio, consolándole el padre Valverde en el camino, que sin duda quiso piadosamente asistir por sí mismo al remate de aquella tragedia á que en algun modo habia dado principio. Persuadiale que se hiciese cristiano y pidiese el bautismo, añadiendo, por ventura para persuadirle mejor, que de este modo no seria entregado al fuego. Entendió bien el pobre moribundo lo que le convenia, y pidió el bautismo, que le fué administrado segun el tiempo y lugar lo permitieron<sup>1</sup>. Hecho esto, el sucesor de Manco-Capac fué entregado en manos de los verdugos, que atándole á un madero, inmediatamente le ahogaron.

Tenia entonces treinta años, y segun dice Gomara, que como contemporáneo pudo saberlo de los mismos que le trataron, « era hombre bien dispuesto, sabio, animoso, franco, muy limpio y bien traído ». La idea que de él han dejado las relaciones antiguas le es en verdad bien favorable, á pesar de los visos de artificio, crueldad, injusticia y tiranía que han querido dar á su carácter. Estas calidades odiosas se avienen mal con las prendas y virtudes que manifestó en el largo tiempo de su prision, y que le ganaron el interés y el afecto de tantos castellanos,

1. Gomara pone duda en que le pidiese de buena fe, y Herrera con un *afirman* indica que el hecho debe ir por la fe de otros, y no por la suya. Todos convienen en el género de muerte.

que á boca llena, como ya se ha dicho arriba, apellidaban inicua é inhumana la sentencia dada contra él<sup>1</sup>. Se avienen tambien mal con los elogios que en estas mismas relaciones se le dan, donde después de su muerte apenas se le nombra con otros dictados que los del *gran Monarca, el buen Rey*, y otros de la misma dignidad. Están finalmente en contradiccion con el amor y con el deseo que dejó impresos en la nacion peruana, la cual, considerando por ventura reflejadas mas bien en él que en otro ninguno de sus principes las grandes prendas del inca Huayna-Capac, lloraba cifrada en su deplorable muerte la catástrofe de su imperio.

Luego que se divulgó en Caxamalca, las esposas del Inca, las indias que le servian y toda su familia en general empezó á herir el aire con sus lamentos y á invocar al cielo con sus gritos. Las mas queridas salieron desesperadas y frenéticas á enterrarse con él; y como los españoles no se lo permitiesen, se esparcieron por los contornos, y cual con cordeles, cuál con

1. Los historiadores todos se ponen de parte de esta opinion, y son los ecos de los mismos sentimientos que animaban al ejército. Herrera manifiesta bien claro que si la muerte del Inca era disculpable en política, no lo era ni en justicia ni en moral. Gomara, después de decir que no fué enviado al Emperador, como muchos querian que se hiciese, y que fué muerto á instancia de los de Almagro, añade: « No hay que reprender á los que le mataron, pues el tiempo y sus pecados los castigaron despues; ca todos ellos acaban mal. » Oviedo es todavía mas positivo; en el cap. 14 del lib. 46 de su *Historia general* copia á la letra la relacion de este acontecimiento hecha por Francisco de Jerez; pero después en el cap. 22 vuelve á tratar el asunto por sí mismo, y manifiesta á la larga la injusticia y escándalo de semejante proceso y de tan inicuo suplicio. Entre otras cosas dice: « Notorio es que el Gobernador le aseguró la vida, y sin que le diese tal seguro, él se le tenia, pues ningun capitán puede disponer sin licencia de su rey y señor de la persona del príncipe que tiene preso... » Y mas adelante: « Le levantaron que los queria matar, é todo aquello fué rodeado por la inadvertencia é mal consejo del Gobernador, é comenzaron á le hacer proceso mal compuesto é peor escrito; seyendo uno de los adalides un inquieto, desasosegado é deshonesto clérigo, y un escribano faltó de conciencia, é de mala habilidad, y otros tales que en la maldad concurrieron. »

sus propios cabellos, se ahorcaban para seguirle. Satisficieron así algunas de ellas su cariño y su deseo, y otras muchas mas lo hicieron si Pizarro no atajase aquel furor, mandando á sus soldados que las siguiesen y contuviesen.

El cadáver, enterrado con decencia entre otros cristianos, fué á pocos dias sacado secretamente por los indios, y llevado segun unos al Quito, y segun otros al Cuzco. Jamás pudo después saberse de él, aun cuando por codicia de los tesoros que se suponian en su sepulcro muchos españoles hicieron en uno y otro paraje diligencias exquisitas para encontrarle. Viéronse en las otras provincias del Perú, cuando llegó á ellas la noticia, las mismas demostraciones de fidelidad y adhesion, dándose muerte hombres y mujeres para ir á servir en el otro mundo á su idolatrado inca. El sentimiento fué general en todo el imperio, y como se sabia en todo él la constancia y buena fe con que se habia conducido en su prision, y las órdenes positivas y eficaces que habia dado prohibiendo tomar las armas en su favor y hacer guerra á los castellanos, comparaban con esta conducta el inicuo modo usado por ellos; y no solo sus amigos y parciales, mas tambien los que no lo eran, levantaban el grito contra los castellanos y envidiaban la suerte de los incas anteriores, que no habian alcanzado tiempos tan desastrosos y crueles.

Este fué el último acto con que se consumó la destruccion de aquella gran monarquía. Ya desde la prision del Inca y dispersion de su ejército, los capitanes que le mandaban se fueron á diversas partes, y ejercieron, segun se dice, mil tiranías y violencias. Perdido el temor á la autoridad, y rota la armonía que reinaba en el Estado, los vínculos que le unian se desataron de golpe y todo se desconcertó, no encontrando los grandes freno á su ambicion, ni los pequeños á su licencia. Los almacenes y propiedades públicas comenzaron á saquearse, las posesiones privadas á invadirse: todo fué confusion y desórden; y la obra de la civilizacion, que habia costado siglos de sabiduría, y perseverancia, se veia destruir por momentos. La religion se perturbó, las costumbres se corrompieron, y hasta las vírgenes del sol, tan recogidas y veneradas, salieron libremente de sus clausuras, y abandonadas á su albedrío, se hicieron el despojo de los suyos y de los extraños, y la burla y el desprecio de unos

y otros <sup>1</sup>. Una mudanza y turbacion tan fuerte en aquella arreglada policia y en aquel concierto de leyes divinas y humanas llenaba entonces de tristeza el corazon de todos los hombres de bien; y de temor para en adelante, pues recelaban que sus males no habian de parar en aquello. Y con efecto fué así, porque muerto el Inca, los desórdenes, escándalos y usurpaciones crecieron hasta el punto mas lastimoso: las clases, largo tiempo comprimidas, levantándose contra las superiores, ejercieron sus desquites y venganzas; ninguna provincia se entendió con otra, ni apenas hombre con hombre, y falseada la clave de la cúpula que mantenía el edificio, todo él con espantosa ruina vino al suelo.

Esta pronta disolucion del imperio era favorable á los desig-nios del conquistador, que pudo ver en ella abierta mas fácil entrada á la nueva monarquía que se proponia fundar. Mas si la muerte de Atahualpa allanó las dificultades que podian oponer su capacidad, su valor y su poderío, tambien sobrevivieron otras de pronto que debieron poner á los castellanos en justo cuidado y grave pesadumbre. Detúvose al instante el raudal de plata y oro que venia á Caxamalca para el rescate del Inca, el servicio de los indios empezó á entorpecerse, los bastimentos á disminuirse, á eludirse las órdenes, y á amagar los levantamientos y las hostilidades. Si era grande el desprecio de los españoles hácia gentes que á tan poca costa y peligro suyo habian desbaratado, prendiendo y dando muerte á su rey, el aborrecimiento de los naturales hácia ellos era infinitamente mayor. La tierra era grande, los indios muchos, y los castellanos poquisimos. Pareció pues á Pizarro necesaria la creacion de un nuevo inca que fuese su instrumento principal para la obediencia de los indios y punto central de sus intereses y voluntades, y excusarse las disensiones y guerra que necesariamente de otro modo se habian de acrecentar. Llamó con este objeto á los orejones que allí estaban, hizoles entender que no era su ánimo deshacer su monarquía, y les pidió consejo sobre la persona que contemplaban mas digna de recibir la

1. « Algunos españoles dicen que ni eran vírgenes ni aun castas; y es cierto que corrompe la guerra muchas costumbres, etc. — (Gomara.)

borla del imperio. Ellos, como hechuras que eran de Atahualpa le propusieron á un hijo de este príncipe llamado Toparpa. Sus pocos años y su inexperiencia le hacian muy á propósito para los fines del general español, el cual dió su aprobacion á ello, y el hijo de Atahualpa fué reconocido por rey y coronado con todas las ceremonias acostumbradas en el Cuzco, aunque no con la misma pompa y majestad. Así los bárbaros que ocupaban la Italia en los últimos tiempos del imperio romano solian crear estos césares de farsa, y Toparpa al lado de Pizarro nos representa bien al vivo á Avito y Antemio al lado de Ricimer, á Julio Népos y Augústulo al de Oréstes.

Resolvióse en seguida la marcha á la capital. Mas antes era preciso dejar -asegurados á San Miguel de Piura y su distrito, que podian considerarse como la llave del Perú. Para esto fué elegido el capitán Sebastian de Belalcázar, que recibió sus instrucciones y partió al instante á su destino. Esta eleccion hace honor al discernimiento y penetración del general castellano; porque Belalcázar, ya se le considere empeñado en las guerras porfiadas y sangrientas que mantuvo contra los indios del Quito, ya emprendiendo nuevos descubrimientos y viajes atrevidos en las regiones equinociales, ya en fin tomando á veces parte en los acontecimientos del Perú, hizo prueba de una capacidad tan grande y de un juicio tan seguro, y desplegó un genio tan audaz y belicoso y una actividad tan incansable, que en gloria y en esfuerzo no reconoce ventaja en ninguno de los mas señalados descubridores.

Cumplidos en fin siete meses de su estacion en Caxamalca, salen de allí los españoles, dirigiéndose al Cuzco por el camino real de los Incas. Eran ya en número de cuatrocientos ochenta hombres, que para lo que se acostumbraba en Indias podian considerarse como un mediano ejército. Con ellos iba el nuevo inca llevado en andas, y seguido y cortejado de los orejones que se hallaban allí entonces. Señalábase en aquella comparsa el general Chialiquichiamá, llevado tambien en andas para demostracion de su autoridad y grandeza. El Gobernador, que no tenia motivos bastantes para mantenerle preso, le habia dado libertad, aconsejándole que se mantuviese quieto y sosegado. En esta buena armonia iban indios y españoles por los hermosos valles que forman allí las sierras, sin que en los pri-

meros dias encontrasen nada que recelar en su camino. Todo estaba de paz: los indios de las diversas poblaciones por donde pasaban los salian á recibir y agasajar con sumision y respeto, y los castellanos marchaban ricos y contentos con lo pasado, alegres y animados con las esperanzas de mayor ventura que se les ofrecia en lo venidero.

Mas luego que pasaron la provincia de Guamachuco y llegaron á la de Andamarca se recibió aviso de que habia mas adelante un grueso de indios con intenciones en la apariencia hostiles. Creyó conveniente el general español que un hijo del inca Huayna-Capac fuese á sosegarlos; pero los que fueron con él volvieron tristes, anunciando que sin respetar su nacimiento, los enemigos le habian dado muerte como traidor á su país. Entonces no quedó duda á los castellanos de que se les aparejaba una guerra bien áspera, y que á pesar de sus precauciones les era preciso abrirse paso con las armas á la capital.

El primer efecto de esta novedad fué la prision del general Chialiquichiamá, á quien Pizarro volvió á poner en la cadena ó por seguridad ó por venganza. Tambien empezó el ejército á marchar con mas cautela y en mejor orden, llevando Almagro con Hernando de Soto la vanguardia, y siguiendo Pizarro con el resto del ejército y el bagaje. Mas los indios no se dejaron percibir armados hasta que los castellanos entraron en el valle de Jauja, sesenta leguas mas allá de Caxamalca. Allí, creyéndose seguros á la otra orilla del rio que corre por medio del valle, empezaron á denostar y á provocar á sus enemigos: « ¿ Qué querian en tierra ajena? ¿ Por qué no se iban á la suya? Contentos debian estar con los males que habian hecho y con la muerte de Atahualpa. » El rio, ya grande de suyo, y crecido entonces con las nieves derretidas, al que además habian quitado el puente, les parecia un valladar seguro para decir injurias á su salvo. Pero al ver á los castellanos entrar denodadamente en el rio, despreciando igualmente el furor de su corriente que los clamores y amenazas que les enviaban, y no teniendo valor para esperar la arremetida de los caballos, se pusieron en fuga, unos hácia el norte y otros al poniente, quedando todavia bastantes en el campo para probar y aun cansar las espadas castellanas.



Con este triste escarmiento y el éxito igual de algunos otros encuentros, se allanaron los indios de aquel valle, cayendo en poder de los castellanos los tesoros del templo que allí había, buen número de tejidos de lana y algodón, y muchas mujeres hermosas, entre ellas dos hijas de Huayna-Capac. Allí determinó Pizarro fundar un pueblo, movido de lo delicioso y feraz del terreno, de lo muy poblado que estaba, y de la proporcionada distancia que tenía á todas partes. Entre tanto que lo ponía por obra, envió á Hernando de Soto con sesenta caballos para que fuese despacio reconociendo el camino del Cuzco. Puesto en marcha, descubrió á lo lejos en Curibayo un grueso de indios fortificado para defender el paso, y dió aviso al Gobernador, pidiéndole que enviase delante al nuevo inca para si su presencia los aquietaba. Pero Toparpa enfermó á la sazón gravemente, y falleció luego, dejando á Pizarro con el sentimiento de su pérdida, y sin saber cómo repararla; conociendo cuán útil le haba sido la presencia de aquel rey, aunque de burla, para excusar tropiezos y dificultades en la marcha que llevaba.

No necesitó Soto del auxilio que pedia, porque llegando con sus caballos adonde estaban los indios, los dispersó fácilmente con solo acercarse al puesto en que se hallaban: tanto era el pavor que los ocupaba cuando sentían á los caballos. Mas no abatidos por eso, determinaron esperarle en un paso áspero y dificultoso que hay en la sierra de Vileaconga, á siete leguas del Cuzco. Allí llamaron mas gente, se proveyeron de vitualla, se fortificaron á su modo, y añadiendo dificultades á la aspereza del terreno, hicieron hoyos ocultos con estacas puntiagudas para que se mancasen los caballos. Los castellanos, creyéndolos de huida, siguieron el alcance, pasaron á Curambo, atravesaron el río de Abancay, y por el camino real de Chinchasuyo llegaron al punto ocupado por los Indios. Al verlos empeñados en el paso peligroso, los bárbaros, creyéndolos ya destruidos, alzaron á su usanza la gritería de guerra, y fieros con las hondas, con las macanas, con sus dardos, y con los aillos se mostraban por todas partes en la sierra con el propósito de morir ó vencer. Retraíanse de acometer los soldados españoles á vista de aquella gran muchedumbre, de la posición fuerte que habían sabido escoger, y sobre todo de su obstinación.

Viéndolos Soto así inciertos, « ni el parar aquí, les dijo, nos conviene, ni dejar de vencer tampoco. Miétras mas nos detengamos la dificultad y el peligro se van á hacer mayores, pues los enemigos se acrecentarán en número y atrevimiento. Al contrario, todo está llano si aquí vencemos: seguidme. » Y dicho esto, arremetió el primero á los enemigos, que le recibieron á él y los suyos con ánimo igualmente resuelto y denodado. La refriega fué obstinadísima de parte de los indios. Quien los vió dejarse alancear y acuchillar como corderos en Caxamalca, y los viera aquí combatir como leones, no diría que pertenecían á la misma gente. Morían á la verdad muchos de ellos, pero también caían caballos y españoles; y en la desproporción inmensa de número en que unos y otros se hallaban, cada gota de sangre castellana que se vertía era una pérdida irreparable. La noche los separó: los indios cansados se arremolinaron junto á una fuente, y los castellanos en un arroyo; pero estaban á tiro de bala unos de otros, y los peruanos en ademán de embestir luego que rompiese el día. Hernando de Soto, que al hacer el recuento de su gente, se halló con cinco españoles muertos, otros once heridos; y de los caballos, muertos dos, y heridos catorce; considerando además cuán poco bastimento traía consigo y la poca gente que le quedaba, y no sabiendo si á pesar de los avisos que había enviado desde el camino, sería ó no socorrido á tiempo, empezó á padecer en su ánimo por la dificultad de su posición, y á arrepentirse de su temeridad. En medio de estos recelos, que se aumentaban mas con la oscuridad de la noche, la trompeta castellana se dejó oír al pié de la sierra, anunciando en sus ecos auxilio y esperanza. Respondió la trompeta de los combatientes desde arriba, á cuyo son pudo encaminarse á toda priesa el socorro conducido por el mariscal Almagro, y reunirse al escuadrón de Hernando de Soto. Unos y otros se abrazaron con el contento que es de presumir, y esperaron á la mañana para renovar el combate. La sorpresa y sentimiento de los indios al hallar con el día doblado el número de sus enemigos, y que se les escapaba la victoria que ya tenían en las manos, fueron grandes; pero no perdieron el ánimo, y aguardaron el ataque de los castellanos, que siendo ya entonces mas en número y peleando con mas ardor y confianza, fácilmente los